

te ciudad de Arlés (426). Obligóle á levantarle y retirarse á Tolosa el general romano Aecio, gran sosten del maltratado edificio imperial en los momentos en que parecia deber desplomarse con estrépito. Gracias á él, todavía el genio del porvenir representado por el pueblo godo conservaba un resto de respeto al genio de lo pasado representado por la vieja córte imperial. Trascurrieron así algunos años mirándose de frente los dos pueblos, viviendo alternativamente ya en guerra, ya en paz, entre alianzas y rupturas, pero siempre ensanchando Teodoredo y como empujando los límites de su reino hácia el Loira y Ródano.

Mas adelante, como viese el godo á los rivales de la córte romana, Aecio y Bonifacio, destrozarse en sangrientas guerras allá en Italia, dejando ya á un lado todo miramiento y consideracion púsose con su gente sobre Narbona (437). Acudió á combatirle Litorio, lugarteniente de Aecio, y uno de sus mas ilustres oficiales, que simbolizaba la antigua Roma peleando todavía en nombre de los dioses del Capitolio. Orgulloso el general idólatra de haber rechazado los godos y forzádoslos á encerrarse otra vez en Tolosa, desdeñó admitir la paz que Teodoredo le proponia. Decidiéronse entonces los godos á correr los riesgos de una batalla. Dióse el combate; grande estrago sufrieron en él los romanos: el pagano Litorio perdió allí la vida en castigo, dicen las crónicas cristianas, e la ceguedad de su idolatría, añadiendo que los

godos hicieron proezas *con la ayuda de Dios y de su espada*, en cuya espresion se revela ya el genio naciente de la edad media. Estendióse con esto el imperio gótico hasta el Ródano, y guarniciones visigodas ocupaban las ciudades abandonadas por los romanos, siendo gustosamente recibidas por los pueblos, causados de la opresion romana (439). Vióse forzada la córte imperial á solicitar la paz, que se negoció por mediacion de Avito, prefecto pretoriano de las Galias, suegro de Sidonio Apolinar, el obispo poeta, que con tanta viveza y exactitud supo pintar los complicados sucesos de esta época tan revuelta y procelosa.

Epoca de dolores y de angustias era esta ciertamente: en todas partes lanzaba gemidos tristes la humanidad: todo era pelea, todo matanza y desolacion, todo desórden, confusion y espanto, el mundo sufría una especie de movimiento convulsivo: no habia reposo para la gran familia humana en parte alguna: en Oriente y en Occidente, *á solis ortu usque ad occasum*, se guerreaba sin cesar: no se conocian los límites de los pueblos; nada aseguraba los tratados; la fuerza era el derecho de los hombres; cada cual se asentaba donde podia, y lo que conquistaba aquello hacía suyo; la barbarie andaba mezclada con los restos del mundo civilizado, y los semi-bárbaros luchaban alternativamente con todos. Los godos, semi-bárbaros y arrianos, pelean en España con los suevos, alanos y vándalos, bárbaros y gentiles; en la

Galia con Aecio, general romano y católico, y con Litorio, general romano también, pero idólatra. Aecio representante de la antigua cultura, lleva por auxiliares en su ejército á francos, borgoñones, hunos, y alanos, los mas feroces y salvages que habian brotado de la Germania y la Escitia; Bonifacio, general romano también, llama en su auxilio á los vándalos; y Bonifacio y Aecio, romanos los dos, pelean entre sí, ambos con auxiliares bárbaros, y la larga lanza del uno se hunde en el corazón del otro: hombres, pueblos, sociedades, cultos, todo se confunde en sangrienta mezcla, y no habia quietud en el universo. No nos maravilla que los mas creyentes de aquel tiempo sospecharán si la Providencia habia retirado su tutela á la humanidad. Pero tampoco faltaron hombres ilustrados que penetraron por entre la oscuridad de aquella descomposicion, por entre la nube de aquel laberinto de males, los secretos designios de la ley providencial, y esperaron y proclamaron que tras aquellos sufrimientos y dolores alcanzaria la humanidad una condicion mas ventajosa, mas digna de los altos fines de la creacion que la que hasta entonces habian conocido los hombres.

Un grande acontecimiento viene á unir á los romanos, á los francos y á los godos, que hasta ahora han estado sosteniendo entre sí varias y muy vivas guerras en las Galias. Por fortuna, como hemos visto, se habia ajustado una paz entre Aecio y Teodoredo,

lo cual les facilitó el concertarse para resistir aunados á un enemigo comun formidable y poderoso que de nuevo amenazaba al Occidente. ¿Quién es, y de dónde viene ahora este terrible adversario?

Parecia que el Septentrion deberia haber agotado ya sus hordas salvages, habiendo inundado con ellas el mundo. Pero hé aquí que un nuevo y mas copioso torrente se desgaja de aquellas ásperas y frias regiones; hé aquí que á la cabeza de nuevas y mas formidables masas de guerreros agrestes y feroces se presenta el rey de los hunos, el gefe de la raza mas bárbara y fiera, el *Azote de Dios*, Atila; que vencedor de los persas en Asia y de los bárbaros en Europa, teniendo sujetas á su imperio la Escitia y la Germania, y por vasallos á los jépidos y los ostrogodos, habia asustado con sus hordas á Constantinopla y concedido al emperador Teodosio II. reinar á costa de cederle la Iliria y de pagarle seis mil libras de oro y un tributo anual: Atila triunfador de los marcomanos, de los quados y de los suevos, y dueño de Hungría á que habian dado nombre los hunos; Atila desde el fondo de su ciudad cercada de bosques, dudaba á cuál de las dos partes del mundo estenderia su brazo conquistador, si al Oriente ó al Occidente, ó si los abarcaria ambos ahogando entre sus brazos toda la Europa como el cuerpo de un gigante. Decidióse por el Occidente, y emprendió su camino para las Galias (451), al frente de quinientos mil guerreros segun unos, de

setecientos mil segun otros ⁽¹⁾. Veamos lo que contribuyó á moverle á esta eleccion.

Teodoredo, rey de los godos, habia casado una de sus hijas con Hunnerico, hijo del rey de los vándalos de Africa. Por una sospecha de envenenamiento, el bárbaro Hunnerico habia hecho cortar la nariz y las orejas á su muger, y enviádola asi á su padre. Temeroso el vándalo de que este acto de inaudita y horrible barbarie habia de excitar justo resentimiento y natural venganza de parte de los godos, incitó vivamente á Atila á que acometiera el Occidente, persuadiéndole que con su ayuda se haria fácilmente dueño de Italia, de las Galias, de España y de Africa, y que serian los señores del mundo. Resolvióse á ello Atila impelido tambien por otras causas, y no pudiendo ocultar el movimiento de sus innumerables hordas, quiso, aunque bárbaro, engañar con maña á unos y á otros, escribiendo al emperador Valentiniano que aquel aparato de gente y armas se dirigia solo contra los visigodos para acabar con ellos y restituir al imperio romano las provincias que le tenian usurpadas, y escribiendo por otra parte á los godos que aquel armamento se encaminaba á asegurarles la pacífica posesion de las tierras que habian conquistado á los romanos, sus comunes enemigos. Fortuna que ni unos ni otros le creyeron: antes concertáronse entre sí

(1) Jornand. Hist. Goth.—Prisc. p. 64.

Teodoredo rey de los godos y Aecio general romano, y aun trajeron á su partido á Meroveo (*Mere-Wich*), primer rey de los francos y fundador de la monarquía mérovingia en las Galias, y aunáronse y estrecháronse todos para hacer frente al impetuoso Atila. Este emprendió su movimiento desde la Pannonia, atravesó la Germania, pasó el Rhin, y se entró por la que ahora es Lorena, deteniéndose á la orilla del Loire delante de Orleans, porque los godos y los romanos habian marchado apresuradamente á su encuentro, y habian llegado á aquella ciudad. Con esta noticia Atila se retiró á los famosos *Campos catalaunicos*, cerca de Chalons-sur Marne, cuya estension era de cien leguas, de sesenta y dos su latitud, segun el historiador Jornandes ⁽¹⁾: una colina que se elevaba insensiblemente cerraba la llanura.

Por la mañana ordenaron unos y otros generales sus ejércitos en batalla. Asi los hunos como los aliados se dividieron en tres cuerpos. «Véase reunida (dice Chateaubriand) una parte considerable del género humano, como si hubiera querido Dios pasar revista á los ministros de sus venganzas en el momento en que acababan de llenar su mision: iba á distribuirles la conquista, y á señalar los fundadores de los nuevos reinos. Estos pueblos, venidos de todos los estremos de la tierra, habíanse colocado bajo las dos banderas

(1) Jorn. cap. XXXVI.

del mundo futuro y del mundo pasado, de Atila y de Aecio. Con los romanos marchaban los visigodos, los letos, los armoricanos, los galos, los bretones, los sajones, los borgoñones, los sármatas, los alanos, los ripuarios y los francos sujetos á Meroveo: con los hunos militaban otros francos y otros borgoñones, los rufianos, los hérulos, los turinjios, ostrogodos y jépidos. «Paganos, cristianos, idólatras (añade otro escritor), habian sido llamados á esta batalla inenarrable.»

Atila se mostraba como turbado: acaso no esperaba encontrar tantos enemigos. No se resolvió á entrar en acción hasta las tres de la tarde. Aun arengó á sus soldados diciendo: «Despreciad esa turba de enemigos de diversas costumbres y lenguas, unidos por el miedo. Precipitaos sobre los alanos y los godos que hacen toda la fuerza de los romanos: el cuerpo no puede tenerse en pie cuando le arrancan los huesos. ¡Tened valor! ¡Mostrad vuestro acostumbrado arrojo! Nada puede el acero contra los valientes cuando no les ha llegado su destino. Esta despavorida muchedumbre no podrá mirar á los hunos cara á cara. Si el éxito no me engaña, estos son los campos en que nos han sido prometidas tantas victorias. Yo arrojaré el primer dardo al enemigo: el que se atreva á ir delante de Atila caerá muerto (1).»

(1) *Adunatas despicit dissonas gentes, etc.* Jornand. *ibid.*

La batalla fué la mas sangrienta que vieron los siglos: mezclábanse los contendientes en masas de á cien mil: pronto aquellos dilatados campos se ocultaron bajo una inmensa capa de cadáveres; los vivos peleaban sobre los muertos. Los ancianos que vivian cuando el historiador de esta batalla era todavía jóven, contábanle que habian visto un arroyuelo que pasaba por aquellos campos heróicos salirse de su cauce y convertirse en torrente acrecido con la sangre: que los heridos se arrastraban á apagar la sed al arroyo, y lo que bebían era la sangre que acababan de derramar. Añade el historiador de los godos, que los que vivian en aquel tiempo y no pudieron ver cosa tan grande, se perdieron un espectáculo maravilloso (1): pero maravillosamente horrible, pudo añadir. Ciento sesenta y dos mil muertos cubrieron la llanura, y hay quien los hace subir á doscientos mil: no sabemos adonde hubiera llegado la carnicería sino hubiera sobrevenido la noche. Pereció en la batalla el valeroso Teodoro rey de los godos, buscando á Atila. Encontróse su cuerpo sepultado bajo un espeso monton de cadáveres. Pero Atila habia sido vencido. El fiero caudillo de los hunos pasó la noche atrincherado detrás de sus carros, cantando al son de sus armas, al modo del leon que ruge y amenaza en la entrada de la caverna á donde le han hecho retroceder los cazadores (2).

(1) Cap. XL.

(2) *Strepens armis canebat, etc.* *ib. ibid.*

Atila creyó llegado su fin, y esperaba ser atacado á la mañana siguiente. Pero el silencio de los campos le dió á entender que los enemigos habian renunciado á aniquilarle como hubieran podido y él temia. ¿Por qué los vencedores dejaron escapar tan bella ocasion de acabar con el coloso del Norte? Verdad es que ni ellos mismos supieron al pronto que habia sido suya la victoria, hasta que la luz del nuevo dia les enseñó que la mayor parte de los cadáveres que cubrian aquellos campos de muerte eran de los hunos. Pero otra causa influyó mas en aquella estraña determinacion. El activo Aecio que habia visto la heroica conducta de los godos en la batalla, sospechó que si se consumaba la destruccion de Atila tomarian demasiado ascendiente en el imperio, y á este espíritu de celosa rivalidad debió Atila su salvacion. Los godos habian proclamado rey á Torismundo, hijo mayor de Teodredo, y Aecio tomó de aqui pretesto para alejar al godo, persuadiéndole debia apresurarse á marchar á Tolosa para hacer confirmar su eleccion antes que alguno de sus hermanos se le anticipase. A Meroveo, gefe de los francos, le hizo tambien retirarse gratificándole largamente, y esta era la causa del silencio de los campos que notó Atila, al cual de este modo hizo Aecio puente de plata para escaparse, como lo ejecutó volviéndose á la Pannonia.

De corta duracion fué el reinado de Torismundo. Avaro, cruel y revoltoso, hizose aborrecer del pueblo

y de los suyos, y concertáronse para desembarazarse de él sus dos hermanos Teodorico y Frederico. Hiciéronle pues asesinar, y Teodorico (*Theod-rick*, poderoso sobre el pueblo) fué aclamado rey de los godos, enviando á Frederico á España, de acuerdo y á solicitud del emperador Valentiniano, á sujetar á los bagaudas que inquietaban los campos de Tarragona (453).

Recorramos ahora una serie de crímenes que rápidamente se sucedieron para acabar de precipitar el imperio romano por los romanos mismos. Valentiniano despues de la muerte de su madre Placidia soltó los diques á todo género de pasiones torpes y violentas. Celoso de Aecio, asesinó al único que por largo tiempo habia sustentado con su valor un imperio moribundo: el último romano pereció al filo de la espada del mismo emperador á quien habia sostenido. Era la primera vez que la desénavainaba Valentiniano. Este imbécil príncipe puso sus torpes ojos en una honesta y hermosa romana, muger del rico senador Máximo; la llamó engañosamente á su palacio, y no pudo libertarse de su bárbara violencia: la infeliz murió de pesar: Máximo quiso vengarse del lascivo príncipe, y halló fácilmente quien le ayudara en sus proyectos: dos asesinos clavaron sus puñales en el pecho de Valentiniano en medio del dia, y el pueblo celebró el asesinato. Máximo fué proclamado emperador en lugar del violador de su muger. Pero Máximo se obstinó en

casarse con Eudoxia, viuda de Valentiniano, contra la voluntad de ésta, que viéndose forzada á ello llamó en su socorro á Genserico, rey de los vándalos: ¡qué complicacion de sucesos! El terrible instrumento de la venganza marcha sobre Roma. Máximo intenta escaparse, y el pueblo le hace pedazos. Genserico entra en Roma, y la ciudad eterna es entregada al saqueo por espacio de catorce dias y catorce noches. Las estatuas y objetos artísticos que Alarico habia perdonado, despedázanlas los vándalos por recreo y por el instinto de destruir: lo único que recogen es la plata y el oro. Roma era ya un cadáver que Genserico acabó de despojar. Los bárbaros vuelven á embarcarse, y trasportan á Cartago las últimas riquezas de Roma, como algunos siglos antes habia llevado Escipion á Roma los tesoros de Cartago. ¡Qué cambio de tiempos! Entre los tesoros se encontraron los adornos robados por los romanos al templo de Jerusalem. ¡Estraña mezcla de ruinas! todo va pasando á poder de los bárbaros.

Indignados los godos de la destruccion vandálica de Roma, se congregan en Arlés para dar á los romanos un emperador. Sidonio Apolinar nos pinta esta asamblea electoral con las siguientes palabras: «Conforme á su antigua costumbre reúnen sus ancianos al salir el sol: bajo el hielo de la vejez conservan el fuego de la juventud. No es posible ver sin disgusto el lienzo que cubre sus descarnados cuerpos; y las

pieles con que se visten apenas descienden mas abajo de las rodillas. Usan botines de piel de caballo, que aseguran con un simple nudo en medio de la pierna, cuya parte superior permanece descubierta.» El resultado de la deliberacion fué elevar al imperio á Avito, suegro de Sidonio Apolinar, que regia entonces las armas romanas en las Galias. Avito partió para Italia.

Los suevos de Galicia, siempre belicosos, siempre inquietos y siempre feroces, mandados por su caudillo Rechiario, invadieron otra vez la provincia de Cartagena. En vano Avito y Teodorico unidos le enviaron embajadores intimándole que respetara las provincias del imperio. Los embajadores fueron maltratados, y Rechiario acometió y saqueó la provincia de Tarragona. Nuevos embajadores, nueva intimacion y nuevo desprecio. Fué ya preciso que Teodorico acudiera con un ejército de godos y romanos á castigar la insolencia del suevo. Pasa Teodorico los Pirineos, Rechiario se retira, el godo le persigue, y viene á alcanzarle á cuatro leguas de Astorga, junto al rio Orbigo, en una llanura llamada el Páramo (456). Empéñase allí la pelea, los suevos son derrotados con gran mortandad, y su gefe Rechiario se retira herido á las estremidades de Galicia. El godo avanza en su persecucion; la ciudad de Braga abre las puertas á los godos acogidos á su piedad, no se quitó la vida á nadie, pero los principales suevos fueron hechos prisioneros, las ca-

sas saqueadas, los templos despojados, derribados los altares, y las iglesias convertidas en caballerizas: y eso que los godos eran los menos feroces de todos los bárbaros. Rechiario, enfermo de su herida, fué descubierto en su retiro, entregado á Teodorico, y condenado á muerte. Parecía, pues, destruido el imperio suevo en España por los godos. Teodorico salió de Braga, corrió la Lusitania, y se apoderó de Mérida, donde recibió la noticia de que Avito habia sido desposeido del imperio en Roma por el famoso suevo Ricimer, lo que movió al rey godo á regresar á su capital de Tolosa, no sin dejar en España una parte de su ejército, que tomó por engaño á Astorga, la saqueó y pasó á cuchillo sus habitantes: hizo lo mismo en Palencia: acometió en seguida á Coyanza (hoy Valencia de Don Juan) sobre el rio Esla, cuyo castillo no pudieron tomar, y de allí se retiraron á la Aquitania. Este fué el principio del engrandecimiento de la dominación goda en la península. El pensamiento de Avito y Teodorico era ayudarse mutuamente á engrandecer el imperio godo y el romano: quizá lo lograrán si Roma no estuviera ya destinada á perecer muy pronto.

En efecto, el suevo Ricimer, nieto de Walia, habia destronado á Avito, y vestido con la raiada púrpura imperial á Mayoriano; pero Mayoriano comenzó á dar sabias, justas y saludables leyes, y á reanimar la gloria romana, y no habia sido la intencion de Ricci-

mer sentar en el trono un hombre de talento: promovió, pues, una sedicion, y le forzó á abdicar: puso la rota diadema sobre la cabeza de Libro Severo, especie de autómeta imperial, y por lo mismo muy del agrado de Ricimer. Mas luego convínole á éste deshacerse de Severo, le envenenó, y puso en su lugar á Anthemio, con cuya hija se casó. Indispúcese luego con su suegro, y trasladó la vieja púrpura de los hombros de éste á los de Olibrio, que se habia casado con Placidia, hija de Valentiniano III. Roma por este tiempo fué saqueada tercera vez. Anthemio fué muerto: murió tambien Olibrio, y Ricimer mismo cayó en la tumba en que habia precipitado á cinco emperadores hechos por su mano.

Entretanto la España participaba de la espantosa descomposicion que trabajaba al mundo. Creemos deber aliviar á nuestros lectores de la relacion minuciosa de unos sucesos nublosos, confusos y embrollados, en que figuran muchos caudillos y ningún héroe; sucesos que pueden interesar solo por sus resultados, no por sus pormenores; hechos comunes, guerras parciales, nombres oscuros, correrías y saqueos. ¿Qué podemos decir de los suevos, Maldras, Frumar, Remismundo, y otros cuyos nombres nos han trasmitido las crónicas de aquel tiempo? ¿Qué eran y qué hacian? Eran caudillos que peleaban entre sí, que saqueaban, que se sometían á los godos, que se hacian arrianos como ellos, que todos tomaban el

título de rey, sin que esto significase mas sino que iban al frente de cierto número de parciales que seguían sus banderas, que morían en batalla ó asesinados, sin dejar á la historia otra cosa que un nombre que recogió un historiador. Los herulos, que podemos llamar el pueblo corsario de los bárbaros, se acercaban con sus flotas á las costas de España, entraban en las poblaciones que hallaban desprevenidas, las saqueaban y volvían á embarcarse con los despojos. Teodorico, rey de los godos, enviaba sus generales y sus ejércitos á España, y sometiendo á los suevos, á unos por medio de tratos, y á otros por la vía de las armas, iba ensanchando sus dominios en la Península, al paso que estrechaba los de los suevos, que redujo á los términos de Galicia, quedando él dueño de la Bética y de casi toda España, á escepcion de algunas ciudades que aun obedecían á los romanos. Teodorico estendió tambien sus posesiones de las Galias, dominando desde el Loire hasta los Pirineos, de manera que el imperio godo fué el que creció al través de tantas discordias, al compás que menguaba el de los suevos y el de los romanos. En cuanto á religion, el arrianismo era el que dominaba, y dominaba á costa de la opresion de los católicos, de la persecucion de los obispos ortodoxos, y de la destruccion de los templos. Entre los prelados católicos á quienes alcanzó la persecucion del arrianismo fué uno Idacio, autor de una de las crónicas de que hemos

tomado una parte de la relacion de estos sucesos.

Tan trabajosa y lentamente se iba fundando en España la monarquía goda. Verémosla crecer con Eurico, que sucedió á Teodorico su hermano, á quien quitó la vida en Tolosa á fines del año 466 (1).

(1) Este Teodorico es el que nombran Teodorico II. los que llaman tambien Teodorico á Teodoro su padre.

Acerca de las cualidades y costumbres de este rey godo, nos ha dejado Sidonio Apolinar noticias curiosas é interesantes. «La estatura de Teodorico, dice, es mediana, su cabeza redonda, su cabellera espesa y crespa se levanta desde la frente hasta la coronilla: espesas cejas coronan sus ojos, y cuando baja los párpados, sus largas cejas llegan casi hasta la mitad de las mejillas. Sus orejas, segun la costumbre de su nacion, están cubiertas y como azotadas por los bucles de sus largos cabellos. Su nariz forma una graciosa curva. Crécele poblada barba bajo las sienes; pero todos los dias la ajeita debajo de la nariz y en las partes inferiores del rostro. Su cuello y su barba son regularmente gruesos, y su tez, de un blanco de leche, se colorea algunas veces de un sonrosado juvenil...

«En cuanto á su método de vida, Teodorico se levanta antes del dia para asistir con poco séquito á las oraciones de sus capellanes, con el respeto y la asiduidad convenientes: pero se conoce fácilmente que es un tributo que paga mas bien á la costumbre que á la conviccion. El resto de la mañana le dedica á los cuidados del gobierno. El conde que lleva

»sus armas está de pie cerca de su silla. Hácense presentes algunos guardias vestidos de pieles, que permanecen á cierta distancia por no hacer ruido, y murmulan sórdidamente excluidos de las salas interiores y encerrados entre cancelos. Entonces se da entrada á los embajadores extranjeros. Teodorico responde en pocas palabras á sus largos discursos.

«A las ocho se levanta y va á visitar sus tesoros ó sus establos. Cuando sale de caza, se creeria poco digno de la dignidad real llevar él mismo su arco; mas al presentarse la caza, tiende la mano por detrás, un esclavo le alarga el arco, cuya cuerda no debe estar armada de antemano, porque se tendria por una molicie indigna del hombre: despues armandola él mismo, os pide le indiquéis el punto en que ha de herir, y no bien se le indica, ya está acertado.

«Su mesa ordinaria es la de un simple particular: su mas sabroso manjar es la conversacion, seria y formal por lo comun: el arte, no el precio, constituye el valor de lo que se le sirve: la copa circulara pocas veces, y los convidados tienen derecho de quejarse de ello. Solo el domingo en sus banquetes de ceremonia, se encuentra la elegancia de la Grecia, la abundancia de la Galia, y la actividad de la Italia.

«Despues de comer duerme

«muy poco ó nada. Entonces se le
«lleva el tablero de los dados. En
«el juego invoca alegremente la
«fortuna ó la espera con paciencia;
«si gana, calla, y si pierde se son-
«ríe. Poco aficionado al despique,
«gústale no obstante aparentar que
«no teme los azares. Suele depo-
«ner en el juego la reserva de rey,
«y excita á todo el mundo á la
«franqueza y á la familiaridad: le
«complace ver las emociones del
«que pierde, y necesita que se en-
«fade el vencido para creer en su
«propio triunfo: muchas veces es-
«ta misma alegría, cuya causa es
«tan frívola, favorece á otros ne-
«gocios mas graves.... Yo mismo,
«cuando tengo algo que pedirle,
«me procuro una infeliz derrota, y
«perdiendo la partida para lograr mi
«pretension.

«A las tres vuelve á cargar so-
«bre él el peso de los negocios: re-
«parecen los pretendientes, y esto
«impertinente cortejo se agita en
«derredor suyo hasta que la noche
«y la hora de la cena le hacen dis-
«persarse. Algunas veces durante
«la comida se introducen farsantes
«y bufones; pero sus mordaces
«chistes deben respetar á los con-
«vidados. Nada de música ni de
«coros: los únicos aires que agra-
«dan al rey, son los que despiertan
«el valor belico. Finalmente, quan-
«do se retira á descansar, por to-
«das partes hay centinelas arma-
«dos á las puertas del palacio.»

Las guerras en que anduvo casi
siempre envuelto este rey, no de-
bieron dejarle disfrutar mucho
tiempo de este sistema de vida.

CAPITULO II.

DESDE EURICO HASTA LEOVIGILDO.

De 466 á 572.

Reinado de Eurico.—Sus conquistas en la Galia.—Id. en España.—
Termina definitivamente la dominacion romana en la Península.—
Llega el imperio gótico al apogeo de su grandeza.—Sus límites de
uno y otro lado de los Pirineos.—Concluye el imperio romano con
Augustulo.—Reino ostrogodo en Italia.—Recopilacion de leyes hecha
por Eurico.—Su muerte.—Alarico II.—Código de Alarico ó de Ania-
no.—Muere peleando con Clodoveo, rey de los francos.—Reinado de
Amalarico.—Guerras con los francos.—Sus causas.—La princesa
Clotilde.—Reinado de Teudis.—Invasion de los francos en España.—
Célebre sitio de Zaragoza.—Tregua de veinte y cuatro horas.—Rei-
nado de Teudiselo.—Id. de Agila.—Id. de Atanagildo.—Los griegos
bizantinos en España.—Casamiento de las dos hijas de Atanagildo,
Brunequilda y Galsuinda, con dos reyes francos.—Suerte desgra-
ciada de estas princesas.—Toledo, capital del reino godo-hispano.
—Muerte de Atanagildo.—Interregno.—Eleccion de Liuva.—Id. de
Leovigildo.

Grandes pasos van á dar los pueblos en el último
tercio del siglo V. hácia el desenlace de la universal
revolucion. Los cimientos del nuevo edificio quedarán
echados, y los materiales se irán distribuyendo para
cada uno de los departamentos que se han de cons-
truir en esta grande obra de regeneracion social.